

Horas de oficina:

DE ONCE A CUATRO

LOS DÍAS NO FERIADOS

Administradores:

F. BUENO Y COMPAÑIA

Fuencarral, 98, entresuelo.

Demi-Monde

Precio de suscripción: una peseta mensual, con derecho cada mes á un tomo de la BIBLIOTECA DEMI-MONDE

UNA CONQUISTA



1. El era un joven artista; ella, al parecer, modista, pero del género fino. El la encontró en su camino, y acometió la conquista.



2. La habló, y ella sonrió, y el galanteo admitió con más intención que un toro. Conque, por *mor* del decoro, á su casa la llevó.



3. Tan imbécil como feo, —¡Ya he logrado mi deseo! el infeliz exclamaba, mientras ella murmuraba: —¡Te has caído, Timoteo!



4. —Placer, déjame vivir. Gloria, déjame dormir, decía el dichoso amante. «Si la vida es un instante, quiero gozar y morir.»



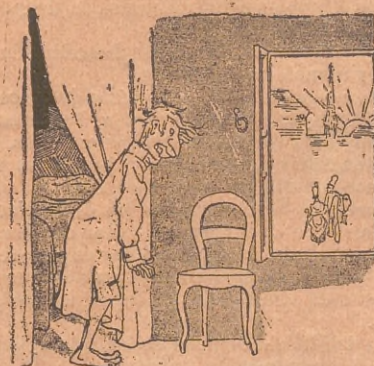
5. La escena era en piso bajo; así fué que, sin trabajo, por la noche protegido, llegó á la casa el... marido, para entrar por el atajo.



6. Y como, discretamente, su señora ó su pariente dejó la ventana abierta, sin tener que abrir la puerta, coló el *rata* diligente.



7. Y mientras adormecido, de amor y orgullo vencido el Tenorio descansaba, la pareja le burlaba, limpiando de paso el nido.



8. Cuando el mozo despertó, —¡Qué es esto, oh dioses! —gritó, y halló la respuesta, viendo que iba otro *gachó* luciendo las prendas que él se compró.



Como diría algún revistero de salones, ha pasado el día del santo patrono de todas las barbianas; San Pedro, apóstol.

Felicítamos, aunque con retraso, á todas las Petras.

Es decir, á todas no; porque hay Petras de Pedro mártir, Petras de Pedro Advíncula, de Pedro Arbués, y de otros varios Pedros, Santos. Felicítamos, aunque también con retraso, á todas las Paulas, porque también en el mismo día se celebra el de San Pablo, apóstol igualmente.

Y excluyamos así á las Paulas que procedan de Pablo el Ermitaño ó de otro Pablo cualquiera.

Cumplido este deber de galantería, pasemos á otras.

Esto es, á otras materias.

Parece que ha empezado el verano.

Sin asegurarlo del todo, se cree que «ha sentado el tiempo,» según dicen las gentes.

El calor abre las horchaterías y echa de Madrid á las personas bien acomodadas.

Unas cuantas docenas de muchachas bonitas del ramo de costureras ú de otros ramos, igualmente populares, dedican las primeras horas de la noche al servicio público.

Mejor dicho, á proporcionar el consuelo del refresco á las personas acaloradas.

Chicas inocentes y bondadosas de suyo, que, mediante un módico interés, ó solamente por prestar un beneficio al fatigado transeunte, con propina, roban al descanso de las tareas del día, algunas horas, y se exponen á varias contingencias.

En cambio las de Z., las de P., las señoras de K. y sinnúmero de personas conocidas, como las denominan los monos de la *high life sans culottes*, huyen de Madrid.

Ha empezado la temporada de baños.

Las damas elegantes visten las mallas de las suripantas, y exhiben sus formas á la luz del día.

¡Qué meses para los jóvenes termales y aun para los viejos balnearios!

¡Y qué conveniencias tan funestas para algunos, que empiezan viendo y terminan casando!

No olvidarán fácilmente la estación estival los que sacan mujer de un establecimiento balneario, ó la pescan en la playa.

Los periódicos publican ya las listas de las personas que se hallan en cada punto de los indicados por la ciencia ó de los señalados por la moda.

Pronto empezarán los conciertos, las jiras, los bailes, los concertantes de personajes políticos y las observaciones minuciosas de los *reporters*.

«Don Fulano tomó ayer las aguas, complicado con el general X. Hablaron antes y después, y no pude sorprender más que estas palabras del segundo:—Hoy no he sentido el frío que ayer.—Y el General replicó, al parecer interiormente:—Ha pasado el temporal, pero volverá.—Esto significa que hay planes, en mi opinión humilde.»

Otras noticias del mismo género:

«Aquí están ya las hermosas Condesas..., las preciosas Marquesas..., las deslumbrantes señoritas, aficionadas de título, ó á títulos... A, B, C... El eminente hombre público... llegó hace dos días. Salieron á recibirle todos sus correligionarios que se encuentran en ésta, y los camareros del hotel. Anoche le sorprendí con *The Times* en la mano, lo cual me extrañó, porque él no sabe inglés; pero luego supe que le tomaba para dormirse viendo los caracteres de imprenta.»

Para las chicas hermosas cuanto calumniadas, que viven del querer, sensitivas á precios convencionales, la temporada de baños es la temporada explotable.

Hay más variedad en los medios de seducción que en la temporada de invierno, y menos competencias.

En verano no suele haber compañías de ópera; es decir, que no hay tipos particulares, ni comanditarias, ni bailarinas que llamen la atención de los hombres enamorados ó enamorables.

El marco es más pequeño y lucen mejor las figuras en el cuadro que en el marco de Madrid ó en el de París.

En esta temporada se estrechan las distancias.

Es más fácil que en invierno alternar con las personas aristocráticas, y pasar por viuda americana ó por esposa de funcionario filipino.

Y sin peligro en algunos puntos, puesto que no las conocen más que unos cuantos chicos del Veloz, supongamos, y éstos no han de descubrirlas.

Ya faltan de Madrid algunas de las más aplaudidas.

Otras se disponen para la emigración.

Varias tejen la tela de araña para proporcionarse un socio capitalista para la temporada de verano.

Y pocas son las que no le encuentran aquí, ó «sobre el terreno.»

Así, decía un maestro de escuela de los que no cobran:

—No lamento más que el no haber nacido barbiana ó buena moza; porque crea usted que nada me hubiera detenido para vivir bien.

P.



EL DOCTOR

LUISA había ejercido de florera en sus mejores tiempos.

Porque los primeros son siempre los mejores, contra la opinión de algunos *amateurs* que se dedican á proteger á muchachas desvalidas cuando ya han pasado ellas por varios protectores.

Luisita tropezó, como tropiezan otras de la corporación de ramilleteras, con un señor que se encargó de educarla.

Tarea más difícil de lo que parece al pronto.

No porque la chica fuese incapaz, sino por la falta de costumbre.

Pero, con más ó menos trabajo, llegó el hombre á conseguir el fin que se había propuesto.

Como que llegó hasta la generosidad heroica de hacer su esposa á Luisita.

Ello, es verdad, había entre los cónyuges diferencia de edades.

Cosme pudiera ser padre, aunque precoz, de la chica.

Pero la gratitud, la costumbre, pudieron inspirar cariño á la joven...

Es la esperanza de los maridos mayores de edad y de los protectores venerables.

Y así sucedió, aparentemente.

Luisa acariciaba á su esposo como hubiera podido acariciar á un borrego.

Y él correspondía obsequiando á su esposa con presentes y regalos de sorpresa.

Cosme era feliz.

Pero Luisa empezó á enfermar, visiblemente.

Las primeras sospechas de Cosme, referentes á la enfermedad de su esposa, aumentaron la felicidad del marido cariñoso.

Después se desvanecieron.

Fué necesario avisar á un doctor, y Luisa recomendó á uno que la había asistido varias veces, y que conocía su naturaleza.

Como se trataba de un médico, no le pareció al marido excesivo conocimiento el del recomendado por Luisa.

Pero sí creyó que menudeaba demasiado sus visitas, ó que el estado de Luisa era alarmante.

—Dígame usted la verdad, suplicó al doctor el atribulado esposo.

—¿La verdad? Pues bien, caballero; la verdad es que su señora necesita reposo y tal vez mudar de aires, y aguas minerales, y leches y alimento fuerte para reponerse de lo perdido.

—Cuan to sea necesario, dijo Cosme; lo principal es ella, ella...

Y el hombre procuraba contener dos lágrimas que se desprendían de sus ojos.

El médico pensó:

—Es voluntario y blando al castigo.

Pero los padecimientos de Luisa no la impedían que saliera á paseo con alguna amiga y correligionaria, ni que asistiese á teatros.

Verdad era que el médico había recomendado que se distrajera, y ella tenía sobrada fe en el talento del doctor para no acatar y seguir sus consejos.

—¿Cree usted que va mejorando? le preguntaba D. Cosme cuando le veía en su casa ó se encontraba con él en la calle.

—No vamos mal.

Y no iban mal.

La enferma estaba contenta, el doctor también, y Cosme, mientras su Luisa fuera para adelante, no quería más.

—Monín, le decía Luisita de cuando en cuando; ¿me quieres?

—Más que á mi vida, y más que...

Así empezaban constantemente las peticiones de vestidos y alhajas.

Cuando temía, no una negativa inverosímil en Cosme, sino una dilación, empezaba diciéndole:

—¡Cómo has variado! Ya no eres lo que fuiste conmigo. ¡Qué desgraciada soy!

Y Cosme lloraba y perjuraba y salía inmediatamente en busca del aderezo, ó del corte de vestido, ó de lo que fuera, ó entregaba á su Luisa el dinero que le pedía.

Hubo alguna ocasión en que sorprendió al doctor sentado junto á la enferma y con la cabeza reclinada en el seno de la joven.

No le esperaban y les sorprendió la llegada de Cosme.

—¡Doctor! ¡Luisa! exclamó el hombre emplazándose en el centro de la sala.

—Estaba auscultándola, respondió con serenidad el doctor.

—¡Estoy muy mala, Cosme de mi alma! repetía con afectada melancolía Luisa.

Y en aquel momento decía verdad.

La llegada inoportuna de su marido era la causa de aquel malestar.

Así continuaron las cosas durante algún tiempo.

Pero llegó el día terrible.

La enferma y el doctor no cuidaban mucho de Cosme.

Le suponían resignado.

Aprovechando la ausencia del marido que, según creían, estaba de perdices, se extralimitaron un tanto.

El doctor comía con la enferma y se pasaba muchas horas del día y aun de la noche, en observación del mal.

Sucedió lo que había de suceder.

Al presentarse Cosme armado de escopeta y bandolera, disfrazado de cazador, y terrible, no fué la detonación de un disparo de escopeta lo que se oyó, según era de esperar.

Sino una voz imponente, grave, acusadora y lastimera á un tiempo, como un mugido, salvo el simil, que decía:

—Y ahora... ¿estaba usted auscultándola?

E.



DAR LA CASTAÑA (1)

Como el Conde duerme á pierna suelta y tiene dosis de sueño para un rato, podemos dejarle tendido en la cama sin temor á que le suceda percance alguno, y seguir al bergante de Juan, á quien le faltó tiempo, así que se vió en posesión de la píldora, para ponerse el sombrero y salir en busca de su adorado tormento.

Hacia más de tres meses que el ayuda de cámara del Conde andaba bebiendo los vientos por una muchacha de la vecindad, que se llamaba Petra.

La muchacha tenía un rostro y unas hechuras capaces de hacer perder el sentido á cualquier mortal, y Juan, que era enamorado como pocos, lo perdió por completo.

Estaba loco, pero loco de remate, por aquella mujer.

Y ella le correspondía; pero como era muchacha seria y formal, y además muy fría—según había observado, no sabemos cómo ni cuándo, el ladino de Juan—la correspondencia se limitaba á acoger con gusto los requiebros y las ternezas que le decía el muchacho, y á contestar con alguna palabra dulce á las mieles que le soltaba al oído.

Aquellos amores, dignos, por su sencillez, de la Arcadia, no satisfacían á Juan.

El buscaba algo más práctico, algo más positivo, y sobre todo más tangible.

Peró ¡que si quieres! en cuanto el chico se propasaba á tocar un pelo de la ropa á Petra, se ponía ésta más seria que un viernes de Cuaresma.

Esto como primera amonestación; porque, si el otro insistía, le sobraban á ella bríos para hacerle recular con un bofetón.

Juan había perdido la cuenta de los recibidos.

Esta tenaz resistencia de la muchacha fué la que le sugirió la idea de robar á su amo la píldora y dársela á su adorado tormento para conseguir que con el calor producido por ella se fundiera toda la nieve encerrada en el pecho de Petra.

Juan encontró á su novia en el sitio donde acostumbraban encontrarse.

—¿Hace mucho que estás aquí, prenda?

—Pues ni que decir tiene. Todas las tardes me toca á mí esperarte.

—Es que me ha entretenido el amo.

—Siempre dices lo mismo... ¡romancero!

—¡Mía que romancero yol...

—Pero que... ¡yo entiendo!

—¿Tienes prisa?

—No; los señores han salido y me han dicho que no volverán hasta la noche.

—¿Quieres que vayamos á un ventorro á comer castañas y á beber pardillo?

—Andandito.

Hablando de sus asuntos y sus proyectos para lo venidero, ella dando prisa á él, y él diciendo que, en cuanto reuniera el dinero que necesitaba para establecerse, les echaría la bendición el cura, pasaron los dos por debajo de la puerta de Toledo, atravesaron el puente del mismo nombre é hicieron alto un poco más allá, en un ventorro de los muchos que están desparramados á orillas del camino triste y polvoriento que conduce á los cementerios del Sur.

El tabernero dejó sobre una mesa negra, á la que servía de barniz la grasa de infinitas meriendas, un plato de castañas y un jarro lleno de pardillo hasta los bordes.

Juan tenía el estómago y la cabeza á prueba de amontillados y secos; pero no así Petra, á la cual le salieron en seguida á las mejillas y á los ojos las copas—no pasarían de dos—que había trasegado al estómago.

Juan, que no era tonto, sino, por el contrario, muy vivo, como dicen los *hablistas* de las Peñuelas, comprendió que aquel era el momento propicio.

Escogió la castaña más grande de todas las que quedaban en el plato, la peló cuidadosamente, introdujo en ella con gran disimulo la píldora, y dijo á Petra:

—Toma esta castaña y cómetela, que la he pelado yo con mis propias manos.

Ella la cogió y se la metió en la boca. Juan siguió con curiosidad todos los movimientos de sus mandíbulas, y cuando éstas recobraron su quietud, el hombre lanzó un suspiro de satisfacción y dijo para sus adentros, al mismo tiempo que se echaba al colete un vaso:

—¡Tragó la píldora! ¡Esto sí que ha sido dar la castaña!

Pasados algunos minutos, y con objeto de probar si había surtido efecto la píldora, Juan se acercó á Petra y le hizo una de aquellas eloquentes manifestaciones á las cuales ella contestaba poniendo una cara de gato enfurruñado.

La muchacha, ó no se enteró, ó no debió de parecerle mal la cosa: el hecho es que continuó con su sonrisa en los labios y la alegría en los ojos.

Buena señal.

Juan dió el segundo avance. Este solía ser el del bofetón.

Pero aquella tarde Petra estaba transformada, y Juan, en vez de un bofetón, recibió una mirada ardiente y enloquecedora.

Los ojos de Petra estaban preñados de deseos.

No hay que decir que Juan cobró más ánimos, ni tampoco que ella siguió dejándose querer.

Ni hay que decir lo que pasó en el ventorrillo, pues sabido es el desenlace que tienen estas luchas desiguales en las que el hombre acomete y la mujer no se defiende.....

Noche cerrada era cuando la enamorada pareja volvió á Madrid.

Habían pasado una tarde deliciosa. Juan estaba loco de contento. Ella también, por más que al entrar en la corte y después de registrar escrupulosamente los bolsillos, echó de ver que le faltaba no sé qué cosa que había perdido en el camino.



Cantares... hondos.

Aunque tuvieras más oro
que sacan de California,
no te quiero por marido,
porque conozco tus cosas.

«Anda, ve y dile á tu madre,
si me desprecia por pobre,
que el mundo da muchas vueltas,»
y veremos quién se corre.

Por mucho que te compongas
no has de convencerme nunca;
me acuerdo de tu marido
que tiene el pelo de punta.

Yo sueño con ella,
y la veo claro;
y al despertarme no sé lo que siento
cuando no la hallo.

Quieres saber lo que tengo
y lo sabes como yo;
ven, y pónme aquí la mano,
sentirás mi corazón.

Madrecita mía,
yo no sé por dónde
lo que guardaba más en este mundo,
se llevó aquel hombre.

No sabes lo que yo quiero:
verte metida en el agua
y con la cabeza dentro.

Por mí, cástate si quieres;
pero dile á ese *chivato*
que más tarde no se queje.



BURLA BURLANDO

En el tren:

—¿Es usted andaluza?

—No, señor, contesta una flamenca que viene de Sevilla de paso para la Exposición.

Cuando el tren llega á Madrid, dice despidiéndose:

—Sí, zefior, lo zoy; pero cuando viajo no me guzta darme tono.

—0—

—Ya ves, me empeño y ¿qué hago?
como mi mujer se empeña
y la conviene bañarse
porque el médico lo ordena...
me sacrifico y se baña.
No puedo hacer más.

—¿Y ella?

—0—

(1) Del tomo 19 de la Biblioteca DEMI-MONDE, titulado *Las tres píldoras*.

Adolfo es presentado en una casa donde hay tres chicas muy guapas, y comete con ellas algunas imprudencias, que disgustan á los padres de las niñas.

Un amigo se ofreció á disculparlo con habilidad.

—¿Y bien? le preguntó al verlo llegar.

—Todo arreglado, respondió aquél con aire satisfecho.

—¿Cómo? ¿Cómo?

—Muy sencillo; dije que estabas borracho.

—o—

—Mamá me ha dicho que no consienta ciertas libertades que te tomas.

—¡Es natural! Tu mamá ha sido siempre ¡poco progresista; muy echada para atrás...

—o—

—Tengo una sospecha de Juliana...

—¿Sospechas?

—Sí, chico.

—¿Pero tú la has visto algo?

—¡Hombre, siendo su marido!...

—Digo que si has visto en ella algún acto censurable.

—Un acto, no; pero he presenciado el drama.

—Quítate eso de la cabeza.

—¡Ojalá pudiera!

—o—

—Yo no sé lo que tiene la señorita;

dice que no la

y llora y grita.

—Ya sé qué ha sido:

nada, que la han sacado corto un vestido.

—o—

—Hay una chica en el coro de Maravillas...

—¡Ah, sí! Ya sé cuál dices.

—¿Cuál?

—Una sobre la cual he hablado yo varias veces.

—o—

—¡Ay, Aurelia! ¡Qué triste es amar y no verse correspondida!

—¡Pues qué! ¿Lázaro no te quiere?

—Un hombre que aún me tiene sin hotel, figúrate lo que me querrá. Pero «una» es débil y tiene buen corazón...

—o—

Leyendo el título de un folletín, dice un sujeto:

—Juan Cortacabezas.

Otro sujeto que padece de la suya:

—El Señor nos las libre.

—o—

—Yo soy hija de buena familia, con voz.

—¿Cómo que con voz?

—Que resulté contralto, y á la muerte de mi padre me presentó mi tía y me metieron en el cuerpo de coros.

—¿Y vives bien?

—Chica, ¡hay que da gusto á tantos! Pero, en fin, voy tirando.

—o—

—¿Y cómo le conociste?

—En el Hipódromo, un día de carreras.

—Parece viejo.

—No: mil duros al mes, aparte de los gastos de modista y alguna joya.

—Pues, chica, está en muy buena edad.

—o—

—Mi mujer sospecha de mí.

—¿Qué sospecha?

—Alguna infidelidad.

—¿Y de mí?

—¡Anda, anda! Ya me ha dicho muchas veces que tú vas por otra parte.

—o—

—¡Rugiero! ¡Qué nombre tan bonito! ¿eh?

—Es un hombre «de una vez.» ¡Qué guapo!

—Sí, de una vez, sí; pero nada más.

—o—

—Allí pasamos la noche en paz, pero no jugando:

su *mijita* de bebida

y su *mijita* de canto,

su *mijita* de barbiana

que se baila por lo alto...

—¿Su *mijita*? Pues parece un círculo homeopático.

—o—

—Te digo que es descosido.

—No, hombre, es roto.

—¿Si no distinguiré yo lo que está roto y lo que no?

—¿Tú? No lo has distinguido jamás.

—¡Esposa!

E. RUBIÑOS. IMPRESOR. MADRID.



«La mano en la frente,
el pecho agitado;
y de tus labios húmedo suspiro
pasando á mis labios.»

(Fragmento de un poema vergonzante).

Tomos publicados.

- I. Il far niente.
- II. La Colegiala.
- III. En la misma tronera.
- IV. A salto de mata.
- V. Por un lunar.
- VI. Las niñas frágiles.
- VII. ¡No abuse usted!
- VIII. Reservado de señoras.
- IX. Un cuarteto peligroso.
- X. Los tres besos.
- XI. Pensión française.
- XII. ¡No me toque usted!
- XIII. Estaba escrito.
- XIV. Una señorita del coro.
- XV. Cuando ellas quieren...
- XVI. Cinco minutos en globo.
- XVII. Amor sáfico.
- XVIII. Errar el golpe.
- XIX. Las tres píldoras.
- XX. El forasterito.
- XXI. ¡Ponte la peluca!
- XXII. Amor libre.
- XXIII. La cortesana de Smirna.
- XXIV. El polvo del camino.
- XXV. Las gemelas.
- XXVI. Entre dos fuegos.
- XXVII. La niña rubia.
- XXVIII. Entremeses.
- XXIX. Dos enteros y un quebrado.
- XXX. El mono sabio.



BIBLIOTECA

Demi-Monde

Está próximo á
publicarse el tomo
61, titulado

EL NIDO

original de E. Mozo
de Rosales.

Tomos publicados.

- XXXI. El hijo del destino.
- XXXII. La tuna.
- XXXIII. La reina de las peras.
- XXXIV. La vaina del espadín.
- XXXV. Tres eran tres...
- XXXVI. La Giralda.
- XXXVII. Foblas II.
- XXXVIII. El instrumento.
- XXXIX. Un conejo para dos.
- XL. Las de Garabatillo.
- XLI. Virgo y Capricornio.
- XLII. Consuelos conyugales.
- XLIII. Los polvos de Quiroga.
- XLIV. Las cantonales.
- XLV. Dos primos.
- XLVI. Refugio de pecadores.
- XLVII. La primera fresa.
- XLVIII. La noche de novios.
- XLIX. Figuritas de barro.
- L. Entrar con todas.
- LI. Los caprichos de Conchita.
- LII. Las medias rojas.
- LIII. ¡Usted no es hombre!
- LIV. Carambola conyugal.
- LV. Memorias de un cochero.
- LVI. Cornelio.
- LVII. Carne morena.
- LVIII. Carne blanca.
- LIX. Conde de Cabra.
- LX. El cuarto de hora.